

SÒNIA GUILLÉN

La consteladora



*A Alejandra, mi propia «Pili»,
por acompañarme siempre.
A J, por quererme y por empujarme, siempre,
a ser mejor.*

Solo cuando el pasado se pone en orden, los vivos son libres. Por otro lado, cuando hacemos una constelación sobre lo que ha quedado sin resolver del pasado y encontramos una resolución con pleno respeto hacia los muertos, también se produce un efecto en ellos. Pueden encontrar más fácilmente su paz. Por eso, este trabajo sirve tanto a los muertos como a los vivos.

BERT HELLINGER

Prólogo

Aquel pino llevaba más de cien años aferrado a la cima de la colina y, desde allí, vigilaba la bahía y el mar, que destellaban en fríos tonos de azul. Al otro lado, el atardecer teñía de oro los nichos blancos y regulares del cementerio, que parecían absorber los últimos restos de luz.

Su madre se abrazó al árbol y cerró los ojos.

—Antes podía oírla —dijo—. Ven, acércate.

Alba pegó la oreja al tronco. La corteza era áspera y fría, y en las yemas de los dedos notó el tacto pegajoso de la resina. La brisa olía a sal y a pino, y el rumor del mar, allá abajo, pareció volverse más grave de lo habitual.

—No oigo nada...

—Shhh. Cierra los ojos.

La niña hizo lo que le pedía y respiró despacio. Su madre le recogió el pelo lacio y castaño hacia atrás, como si le hiciese una trenza. Cuando lo soltó, los mechones volvieron a desparramarse por encima de sus hombros y le cubrieron parte del rostro.

De repente, Alba percibió algo y se apartó con un sobresalto. Sacudió las manos como si las tuviera llenas de hormigas.

—¿La has oído?

Negó con la cabeza. No había oído nada, más bien había *sentido* algo.

—Es solo una tontería —dijo su madre—, algo que hacía cuando eras una cría... Ven, ayúdame. —Se agachó y arrancó unas siemprevivas amarillas—. Son flores de muerto. Cuando era niña, las recogíamos con tu abuela para llevarlas al cementerio. Duraban hasta el año siguiente.

Alba la ayudó a elaborar un ramo silvestre. Conforme lo hacía, la angustiosa sensación que la había hecho apartarse del árbol se alejó, como el sonido de una sirena que cruza la noche.

—Una vez leí que las flores son la manera que tiene la naturaleza de sonreír —dijo su madre—. Son como las mujeres de nuestra familia: todas tenemos nombre de luz, por eso hacemos sonreír al universo.

Unos años antes, cuando veraneaban en aquella zona, un mes de septiembre habían encontrado el cuerpo de una chica colgado en aquel pino. Era joven y el cabello crespo y largo le caía sobre los hombros. La gente del pueblo decía que se balanceaba tan bella y serena que no parecía muerta. La escena era pulcra e inquietante: los zapatos bien puestos a un lado, el pelo fuera del lazo que le oprimía la garganta.

No encontraron ningún objeto al que hubiera podido subir y la soga era demasiado corta para que se hubiera alzado ella sola.

Alguien colocó un paño rosa sobre su cabeza y la prensa dijo que parecía una novia.

De no ser por una muerte tan espantosa, la composición podría haberse considerado hermosa: la joven, con el rostro cubierto por un velo, miraba hacia la bahía con su cortejo de pinos y cipreses.

Su madre decía que, en las noches de verano en la playa, mientras su exmarido miraba la televisión, ella hablaba con los vecinos sobre aquel crimen. Se imaginaba que quien dejó allí a la muchacha la amaba y que, por eso, parte de su espíritu se había quedado atrapado en el árbol. Al atardecer, cuando su exmarido dormía en el sofá y su hija estaba con los amigos, le gustaba subir a la colina para fumarse un cigarrillo. Si se acercaba lo suficiente al tronco del pino, podía oír un suspiro o notar una corriente de aire frío, aunque no hiciese viento.

Su madre creía en esas cosas y no tenía miedo de los espíritus.

Entre las dos recogieron algunas flores más que crecían desperdigadas y las colocaron al pie del árbol, como una sencilla ofrenda.

Después deshicieron el camino hacia el coche. El verano casi había acabado y el aire era fresco y salado. Dejaron atrás el cementerio, los cipreses y la capilla encalada.

A medio camino, Alba se giró y se quedó quieta, observando. El pino seguía allí, triste y hermoso, recortado contra un cielo que tenía el color del humo. Había algo en sus hojas verdes y puntiagudas, una sombra que susurraba en una frecuencia extraña que casi podía oír.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó su madre, deteniéndose también.

La sensación se esfumó y Alba negó con la cabeza. Se tomaron de la mano y juntas reemprendieron la marcha. A lo lejos se veían volar las gaviotas y los charranes, planeando en el mismo viento que sacudía sus largas melenas castañas.

Alba no le dijo que, abrazada al pino, había tenido un presentimiento.

Como si algo quisiera advertirla de que, algún día, a ella también la mataría en el bosque alguien que decía que la amaba.

Candela Valle no veía a su hija desde 2020. No la veía, ni hablaba con ella, ni sabía nada de su vida. La última discusión, en plena pandemia, había sido una de tantas y aún no entendía cómo era posible que hubiesen pasado cinco años desde entonces.

Se lo preguntaba todas las mañanas en cuanto abría los ojos, y era su último pensamiento antes de dormirse. Eso mismo ocupaba su mente aquella mañana, mientras dejaba correr la mirada por la carretera que la llevaba a su destino.

Sentada en su Porsche Panamera, se podían adivinar todos los huesos afilados bajo la blusa y unos pechos grandes y mullidos, último recuerdo de una figura que siempre había tendido a unos kilos de más. Un bonito pelo castaño y la boca pequeña enmarcaban una cara angulosa y de ojeras abultadas, con las arrugas prematuras que habían aparecido en los últimos años.

Al entrar en la ciudad, hizo una mueca de disgusto ante las calles atestadas de coches, patinetes, bicicletas y motos, esquivándose unos a otros, a veces con un grito o un bocinazo. Le encantaba conducir, pero odiaba aquel

enjambre de personas y trastos con ruedas que brotaban de todas partes.

Agarró el volante con ambas manos y subió el volumen de la música.

Se detuvo con un chirrido de frenos ante un semáforo en ámbar. El conductor que circulaba detrás de ella, un joven con cara de llegar tarde, clavó la mano en el claxon y empezó a gesticular dentro de su vehículo. Aunque no era capaz de leerle los labios, tuvo la seguridad de que decía cosas como «mujer tenía que ser» o «puta vieja rica-chona».

Sin dejar de mirarlo por el retrovisor, Candela bajó la ventanilla y sacó la mano izquierda con el índice levantado.

—Que tengas un buen día —dijo con una mueca.

Cuando el semáforo se puso en verde, giró intencionalmente despacio siguiendo el GPS, mientras el joven se desgañitaba dentro del coche.

Encontró un parking libre cerca de la calle Séneca, a unos diez minutos de su destino, y aparcó con unas cuantas maniobras.

Caminaba sin prisa, consciente de que llegaba con demasiada antelación.

A punto de cumplir los cincuenta, apenas era una sombra de la mujer atractiva que había sido. En los últimos años había perdido quince kilos, suficientes para hacerla parecer enferma. A cambio, había ganado el aplomo de quien ya no tiene nada que perder, esa manera de moverse por el mundo con cierta seguridad, sin importarte lo que piensen los demás.

Se cruzó con dos mujeres que caminaban del brazo. Las separaban un par de décadas y eran muy parecidas. Les sonrió con tristeza y la madre, como si entendiera, le devolvió la sonrisa con aire compasivo.

«Como Alba y yo», pensó con una punzada de dolor.

¿Cómo era posible que no hubiera vuelto a hablar con su hija?

Al principio, había pensado que era uno de esos enfados tontos, producto de ser demasiado parecidas, algo que unas veces le hacía sentirse orgullosa y otras la sacaba de quicio. Pero pasaron los días y ninguna de las dos hizo el gesto de llamar a la otra.

Ambas eran tozudas y orgullosas y ya habían vivido situaciones semejantes. No obstante, Candela no pudo contenerse y el día de San Juan, después de tres semanas sin hablarse, le envió un frío wasap para saber si estaba bien.

Su hija respondió de forma aún más fría que sí.

Esperaba que se mostrase arrepentida, no que se mantuviera en sus trece. A su juicio, era Alba quien debía disculparse. Cuando Candela creía que tenía razón, era capaz de una resistencia espartana.

Sin embargo, un mes más tarde, se tragó el orgullo y decidió llamarla.

Con cada tono aumentaba su inquietud, y cuando saltó el mensaje del contestador, era un manojo de nervios. Sabía por experiencia que las desgracias se saben pronto, así que se armó de paciencia y esperó unos días para ver si le devolvía la llamada. Pero eso no ocurrió, así que volvió a llamar por segunda vez con idéntico resultado. Y por tercera.

Probó a llamar a Zacarías, su novio, pero tampoco le cogió el teléfono.

Empezó a preocuparse seriamente por si le había pasado algo. Se la imaginó enferma de covid, aislada y sola. Justo cuando salía para ir a su casa, recibió un mensaje de audio de Alba.

Era muy largo.

En él le explicaba que estaba bien y que, tras hablarlo con una terapeuta, había decidido poner un poco de distancia entre ellas. Necesitaba estar alejada un tiempo para encontrarse a sí misma y sanar sus heridas. La llamaría si había cualquier cambio, pero debía respetar su decisión.

—Tendrá bemoles la cosa... —había gritado al comedor vacío—. ¿Respetar tu decisión, cuando vives en la casa que yo te he regalado?

Volvió a escuchar el mensaje varias veces, como si así pudiera encontrarle otro sentido. Le pareció demasiado racional, muy alejado del tono dramático que su hija empleaba cuando estaba dolida. Como si le hablase otra persona. La embargó una oleada de rabia que le dejó mal sabor de boca y unas ganas inmensas de zarandear el mundo, de romper algo grande y pesado.

Impulsivamente, con los dedos volando por la pantalla, le preguntó qué clase de terapeuta recomendaba semejante locura y si no habría sido más bien una idea de Zacarías para separarlas aún más.

Por toda respuesta, su hija la bloqueó.

Unos meses más tarde, Candela no pudo más y se presentó en el pueblo de Lleida.

Solo había estado allí una vez, tras firmar la aceptación de su herencia, que incluía aquella casa apartada. Sus recuerdos eran difusos: una fachada de piedra reparada con cemento, el olor a cloaca que salía por los desagües y una humedad que verdeaba en las grietas y en las esquinas.

Atravesó el asalvajado jardín con un nudo en la garganta y una aprensión que le agarrotaba el cuerpo. Las malas hierbas habían crecido y le llegaban a los muslos, mientras un enjambre de moscas y otros insectos zumbaba a su alrededor o entre los restos secos de lavandas y lirios. En la fachada, una hiedra trepaba descontrolada por la pared hasta el techo.

Candela llevaba una botella de vino y una caja de galletas. A su hija le encantaban y solía quedarse las cajas para guardar cosas, pero no pudo evitar pensar que la pareja la recibiría con frialdad o, incluso, que la regañarían por presentarse así, sin avisar.

Pero no ocurrió nada de eso.

Después de llamar varias veces sin respuesta, se arriesgó a mirar por una ventana con los portones de madera entreabiertos. Colocó las manos en forma de visera contra el cristal, pero no pudo ver el interior.

Fue hacia la siguiente ventana. El cristal estaba roto. El cartón que lo cubría estaba en el suelo, deshecho. Pudo vislumbrar el comedor vacío. Estaba sucio, y las paredes más verdosas de lo que recordaba. La lluvia y el viento se habían colado dentro y en el suelo había restos de agua y hojas amarillentas.

Hacía mucho que no vivía nadie allí.

Caminó medio grogui hasta la propiedad más cercana, la única que parecía habitada. Una anciana con mascarilla la recibió sin abrir la puerta del todo. Le explicó que era la madre de Alba, su vecina, lo que hizo que la mujer adoptara una actitud aún más desconfiada y cerrase la puerta un poco más.

La anciana la miraba como si fuera un insecto que trataba de picarla.

Haciendo gala de todo su encanto, mordiéndose la lengua para no insultar a aquella vieja paranoica, lo único que consiguió averiguar fue que la pareja se había ido unos meses atrás y no habían dejado ninguna dirección.

Candela emprendió el regreso.

Contrariamente a lo que solía hacer, condujo despacio con la mirada perdida en la carretera, que parecía oscilar bajo el sol cegador de julio. De vez en cuando, se secaba con el dorso de la mano unas lágrimas gruesas y calientes que le dificultaban la visión.

Estaba furiosa y enfadada. Con Zacarías, que era un narcisista celoso; con aquella vecina que la miraba como si fuera una asesina en serie; con ella misma por haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

Y sobre todo con Alba, por haberla abandonado.

El móvil la arrancó de sus recuerdos al informarle que había llegado a su destino. Candela contempló el local antiguo que ocupaba unos bajos en un callejón apartado. La pintura de la fachada estaba un poco desconchada y

una puerta de vidrio, con vinilos blancos que impedían ver el interior, la separaba de su cita.

Aquel lugar le provocó uno de esos presentimientos que no le gustaban nada, aunque podían ser producto de la ansiedad.

Respiró hondo varias veces, inmóvil, a la espera de que la cosa no fuera a más y empezara la conocida presión en el pecho, los sudores fríos y la falta de aire. Se quedó así varios minutos, hasta que, con gran esfuerzo, consiguió controlar las ganas de cruzar la calle y volver a la seguridad de su coche.

Se preguntó si algún día sería capaz de superar todas las noches en vela, las horas de llanto, la angustia que le impedía concentrarse en nada más, que le había robado la música, la lectura, la paz, el amor.

Su vida.

—Alba, hija mía... —Sollozó al viento a la vez que tomaba una última bocanada de aire.

Rememoró la serie de sucesos que la habían conducido hasta allí. El mensaje de un moribundo recibido unos años atrás, pero cuyo significado no había comprendido hasta hacía poco. El distanciamiento de Alba. La extraña nota deslizada por debajo de su puerta y que, estaba convencida, alguien que la conocía puso allí.

Aunque se consideraba una mujer valiente, enumerar aquellos hechos le produjo una aprensión indefinida, como si fuera a convocar una güija en un cementerio.

«Tu hija es una estrella rota; búscala en la constelación...», recordó.

Hacía un par de días que esas palabras la despertaban de noche con un sobresalto, pero las repitió varias veces para fustigarse con ellas.

Como si mereciera castigarse por no haberlas entendido antes.

Candela se secó las lágrimas que le temblaban en las pestañas y se aseguró, con un espejito, de que no se le hubiese corrido el rímel. Buscó el timbre en las paredes, pero la puerta estaba abierta. Un poco aprensiva, entró sin hacer ruido.

Dentro no había nadie.

El frío del aire acondicionado le puso la piel de gallina, así que se puso un pañuelo alrededor del cuello. Algo cohibida, esperó mientras paseaba la vista por la estancia. La decoración era sencilla: un sofá blanco de tres plazas, un par de sillas de mimbre y una mesa redonda con un jarrón de flores secas y un par de revistas.

Olía a sándalo e incienso.

Forzó una tos.

Silencio.

Carraspeó una, dos veces, hasta que por el pasillo apareció una mujer algo más joven que ella. Le pareció que tenía un aura llamativa, como si la precediera una luz que llenaba la habitación antes de que entrara.

Cuando la tuvo delante, la mujer la miró tan fijamente que sintió una mezcla de temor e incomodidad, algo a lo que no supo poner nombre.

—Hola —dijo con los ojos fijos en los suyos.

—Hola —contestó Candela—. Me parece que llego pronto. Salí temprano por si había tráfico y, bueno..., mi hija siempre me decía que, más que conducir, vuelo bajo.

Nueve de cada diez cosas que recordaba tenían que ver con su hija.

—Pues espero que no te hayan puesto una multa. Yo soy Myriam...

—La consteladora.

—La consteladora —repitió con una sonrisa amable.

Candela la repasó sin disimulo. Era una mujer atractiva, delgada, con una sonrisa ancha y los ojos grandes y oscuros. Se fijó en que llevaba el pelo moreno sin teñir, salpicado de algunas hebras grises, lo que le hizo pensar que podía ser más joven que ella o más mayor, pero bien conservada.

Nunca acertaba con esas cosas.

—Es la primera vez que voy a hacer algo así —confesó—. Tengo un conflicto con mi hija, nos peleamos y..., bueno, ya no me contesta los mensajes ni me coge el teléfono.

La mujer la miraba tan fijamente que Candela se sintió invadida, como si hurgara en los secretos de su corazón.

—Lo cierto es que este es un proceso de grupo y no suelo atender a los constelados antes, pero ya que estás aquí, y aún falta una hora, podemos charlar mientras llega el resto de la gente. ¿Por qué os peleasteis? Contesta solo si te apetece, no tienes que hacer o decir nada que no quieras...

La consteladora la miró con una expresión de lástima contenida, como si la conociera.

Candela notó otra vez aquella presión en el pecho y sacudió la cabeza para alejarla.

—No, no pasa nada, no suelo hablar de ello, pero para eso he venido, ¿no? —Trató de soltar una risita, pero notó que otra tanda de lágrimas le humedecía los ojos—. Alba, mi hija, y yo no nos hablamos desde la pandemia. Han pasado cinco años. Tuvimos una discusión y, bueno, estuvimos muchas semanas sin escribirnos ni llamarnos. Esas cosas que se hacen por orgullo, de las que luego te arrepientes y piensas que no deberías haberlas hecho, porque son una estupidez, pero, aun así, no puedes evitarlas. En fin, todo fue... eso..., estúpido... —Se le cortó la voz y rebuscó en el bolsillo un pañuelo para sonarse.

Era consciente de que no había respondido a la pregunta, pero no sabía explicar cómo habían llegado a esa situación. Ninguna de sus otras peleas le había hecho presagiar que acabarían así. Antes de aquel día, lo máximo que habían estado sin hablarse había sido un par de semanas.

—Lo siento mucho. —Myriam parecía sincera.

Candela asintió a la vez que se secaba la nariz y los ojos.

La consteladora la tomó de la mano y la hizo sentarse junto a ella en el sofá, de manera que sus rodillas se tocaban y estaban la una frente a la otra.

Candela percibió que había mucha energía en ella, como si no le cupiera en el cuerpo y se filtrara a su alrededor. Algo luminoso e inquietante a la vez. Abrió la boca para decir algo, pero no le salió nada. Volvió a sonarse, suspiró y trató de disculparse con las manos abiertas.

—Las dos tenéis un nombre luminoso. —Myriam cambió de tema para calmarla y consiguió arrancarle una sonrisa triste.

—Sí, mi abuela se llamaba Luz y mi madre Aurora. Me pareció bonito seguir así, que todas tuviéramos nombres que nos hicieran..., no sé..., brillar. Mi hija y yo solíamos hablar de qué nombre le pondría a mi nieta. A ella le gustaba Aura... Es bonito, ¿verdad?

—Mucho, lo encuentro precioso.

—Yo también.

Un silencio vacío se adueñó de la sala y Myriam le presionó suavemente la pierna para reconfortarla, esperando paciente a que Candela tuviera la necesidad de llenarlo. Cuando lo hizo, su voz sonó temblorosa.

—Nunca creí que esto nos pudiera pasar a nosotras, perder el contacto. Fue una discusión tan tonta que no sé ni por dónde empezar...

—Prueba por explicarme qué estabas haciendo aquel día.

Candela asintió.

Myriam la observaba con el rostro tranquilo, pero le pareció que su mirada fija era cada vez más inquietante, como si hubiera estado esperando ese momento desde hacía mucho tiempo. Apartó aquel pensamiento para volver al día en que se enfadaron. Había repasado aquella última discusión millones de veces, pero nunca en voz alta.

Se vio a sí misma en su flamante piso nuevo, delante del televisor, en una versión mucho más feliz y estúpida de sí misma.

—Estaba mirando las noticias cuando sonó el teléfono. Me da vergüenza decirlo, pero solo quería saber las cifras de muertos...

Se interrumpió al notar que le faltaba el aire y una presión intensa la aplastaba contra el sofá, como si de repente envasaran la habitación al vacío.

Tuvo la sensación de que los últimos cinco años se fundían en aquel instante: todo el sufrimiento y la pérdida, el miedo a no ver nunca más a su hija, a no poder abrazarla. La culpa. Todo formaba una masa pesada y compacta que le oprimía el pecho y le impedía respirar.

Notó un dolor agudo y un sudor frío le empapó todo el cuerpo.

«Ya está, estoy sufriendo un ataque al corazón».

Pensó en Alba, en la primera vez que la tuvo en sus brazos exhaustos tras once horas de parto. Un ser pequeño y ensangrentado, con los ojos y los puños fuertemente cerrados. Una criatura nacida de su vientre a la que quería más que a nada en el mundo. ¿Era esa su recompensa por haberla amado tanto?, se preguntó con amargura, ¿por haber dedicado su vida a cuidarla y protegerla?

Su último pensamiento, antes de desplomarse, fue que moriría sin haber visto a su hija una última vez.